

Historia del periodismo colombiano

Por Enrique Santos Calderón. Gaceta N° 53, de junio de 1990



Según Antonio Cacia Prada, autor del único registro histórico completo del periodismo en Colombia —referencia indispensable, pese a sus fallas, para cualquier investigación sobre el tema—, un terremoto originó el periodismo colombiano. En efecto, el movimiento sísmico que hace doscientos años, 12 de julio de 1785, sacudió a Santa Fe de Bogotá, dio lugar a la primera noticia impresa. Se llamó “Aviso del terremoto”, fue redactado por un grupo de frailes, publicado en la imprenta Real y alcanzó a sacar tres números en el lapso de un mes, con información sobre los estragos causados por el temblor.

Al margen de antecedentes como el “Aviso de terremoto”, se ha convenido en que el periodismo colombiano propiamente dicho, es decir, periódico de publicación regular, nació el 9 de febrero de 1791 con la aparición del Papel Periódico de la Ciudad de Santa Fe de Bogotá que fundó y dirigió Manuel del Socorro Rodríguez. Don Manuel, nacido en la Habana, Cuba, había llegado dos años antes al Nuevo Reino de Granada en calidad de amigo y asistente del virrey Ezpeleta, quien lo nombro en el cargo de bibliotecario real. Con periódicas y muy explicables interrupciones, el Papel logró sostenerse durante seis años, los mismo que duró el mando del virrey Ezpeleta, hasta el 6 de enero de 1797.

Durante el siglo XVII y hasta finales del XIX, cuando se puede decir empezó la era del periodismo contemporáneo, nacieron y murieron a lo largo y ancho del territorio nacional varios miles de publicaciones de diversa índole, sobre todo político – literarias, que en su accidentado devenir, con sus altos y bajos, fueron conformando, a golpe de tenacidad, tinta y talento, lo que es considerado hoy como uno de los géneros periodísticos más respetado en Latinoamérica.

El surgimiento del periodismo colombiano moderno se podría ubicar más precisamente con la aparición de El Espectador, el 22 de marzo de 1887, fundado por Fidel Cano en Medellín. Esta publicación apareció con la consigna “trabajar en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio político”, máxima que posteriormente fue cambiada por “trabajar en bien de los principios liberales con criterio patriótico”.

De formato tabloide, El Espectador se editó dos veces por semana, martes y viernes, y se presentaba como un “periódico político, literario, noticioso e industrial”. La suscripción por ocho números costaba 20 centavos, pero “cuando por cualquier motivo se suspenda el periódico, se devolverá a los suscriptores la suma correspondiente a los números que le faltan”. La advertencia no era casual, porque las suspensiones eran frecuentes y por lo general impuestas desde arriba. En su primer editorial, don Fidel Cano anunció que se proponía “aprovechar al servicio del liberalismo como doctrina y como partido, la escasa suma de libertades que a la imprenta le han dejado las nuevas instituciones, y luego procurar a que otros contribuyan al cultivo de la patria”.

Cuando iba por el número 30, el 8 de junio de 1887, el gobierno de Rafael Núñez suspendió la edición de El Espectador. A los seis meses reapareció, pero el 7 de marzo de 1888 el presidente Núñez tomó nuevas medidas contra la prensa, sobre todo la tristemente célebre ley 61 de 1888 —“la ley de los caballos” que llama Fidel Cano—, que

castigaba con la prisión, el exilio o la pérdida de derechos políticos a quienes alteraran el orden público, y que constituyó el más implacable instrumento represivo contra la prensa opositora de la época. Y es que la censura y el despotismo fueron la norma durante la Regeneración de Rafael Núñez.

En este mismo periodo fueron suspendidos además de El Espectador, más de una docena de periódicos liberales (El Relator, El Demócrata El Autonomista, El Debate, El Derecho, entre otros) y fueron desterrados o encarcelados intelectuales y periodistas tan destacados como José María Vargas Vila, Rafael Uribe Uribe, los expresidentes Santos Acosta y Santiago Pérez, el “Indio” Uribe y el propio Fidel Cano. Todo dirigente político de importancia dirigía o colaboraba en algún periódico, herramienta indispensable de las labores proselitistas de la época.

El 8 de agosto de 1893, cuando El Espectador iba a la altura de su número 282, el gobernador de Antioquia, Abraham García, ordenó silenciarlo y mandó poner preso a Fidel Cano. Tres años después reanudó su publicación, pero en junio del 96 el periódico recibió una orden de suspensión indefinida.

En diciembre de ese mismo año el Congreso aprobó una nueva ley de prensa y a ella se acogió Cano, quien reanudó la publicación de su periódico. Pero a tres meses de finalizar el siglo XIX, el 19 de octubre de 1899, cuando ya iba por el número 505, estalló la guerra de los Mil Días. Nuevo silencio forzoso para el bisemanario de los Cano, que volvió a aparecer en octubre de 1903, ya como diario, y continuó hasta diciembre de 1904, cuando fue suspendido por ordenes del gobierno del general Rafael Reyes. Volvió a la calle ocho años después, y en junio de 1913 llegó a las mil ediciones.

Su accidentada historia de censura y cierres forzosos, la misma que casi todas las publicaciones liberales de entonces, demuestra como esa consigna de Fidel Cano “trabajar en bien de la patria con criterio liberal resultó arto difícil. Era de verdad una labor casi heroica, en una época regida por gobiernos conservadores de corte autoritario, que nunca se reconciliaron con la libertad de prensa, pues consideraban la mordaza oficial como la forma más eficaz de combatir la prensa políticamente adversa.

La prensa de fin de siglo

La importancia de la prensa durante la época de la Regeneración la da en buena medida el hecho de que este movimiento político haya estado promovido y estimulado por su principal dirigente Rafael Núñez, desde periódicos políticos. Sus artículos en el Porvenir de Cartagena, que apareció en 1877, y en la luz de Bogotá (1882), de su propiedad, dieron siempre la línea a sus seguidores. Retirado de la presidencia efectiva, de 1888 a 1894 los gobernantes seguían en Bogotá las indicaciones que, explícitas o sibilinas, leían en los editoriales de el Porvenir, donde no se publicaba una línea sin la revisión previa del Regenerador.

Durante la misma época surgió el primer diario privado exitoso: El Telegrama, de Jerónimo Agáez, que circulo entre 1886 y 1901; además de subrayar la publicación de noticias —los periódicos anteriores eran ante todo de comentarios—, se apoyó en el cable internacional, que le permitió contar con información diaria recibida a través de Buenaventura. Otros diarios importante surgieron en los años siguientes, como el Correo Nacional, que bajo la dirección del conservador Carlos Martínez Silva apareció en septiembre de 1890 y contó

entre sus colaboradores a don José Manuel Marroquín y a Juan B. Pérez y Soto. En noviembre de 1894 fue suspendido por orden oficial y entre los motivos que anotaba el Ministro de Gobierno Luís Holguín para silenciar el diario estaba el de que su redacción, al “llevar los odios personales al terreno político, había convertido a aquel diario en “instrumento de sistemática agresión contra la autoridad del jefe de Estado”, y que además se había “anticipado a publicar documentos sin competente permiso”.

En enero de 1895 el Correo Nacional reapareció bajo la dirección de don Rufino Cuervo Márquez, hasta el año de 1899, cuando fue suspendido a la altura de su edición 2.601. Volvió a aparecer en mayo de 1903, dirigido por el historiado Gerardo Arrubla, y fue suspendido nuevamente en 1909, para reaparecer en agosto de 1913. Este diario ya traía fotografías desde 1906. En 1913 publicó la del candidato del partido conservador a la presidencia, José Vicente Concha. Tenía un tamaño de pliego y una excelente presentación y armada para la época. En materia de avances técnicos, en estos últimos años del Correo Nacional, ya comenzaban a llegar al país los primeros linotipos —inaugurados hacia 1911 por la Gaceta Republicana— y la primera rotativa, estrenada por el Diario Nacional en 1915.

Ante la imposibilidad física de reseñar los muchos periódicos que nacieron y murieron a todo lo largo del territorio nacional a finales del siglo XIX y las numerosísimas publicaciones de carácter literario que también proliferaron en la época, se podría intentar una síntesis diciendo que el periodismo de este periodo se destacó por su militancia, combatividad y extrema politización. Todas esas publicaciones contribuyeron a radicalizar posiciones y a exacerbar los ánimos de unos partidos que buscaron los campos de batalla para dirimir sus diferencias. El periódico era un arma fundamental de las luchas políticas y el de las contiendas fratricidas que se libraron en aquella época.

Entre los diarios liberales, además de El Espectador, se destacaron Relator, dirigido por el expresidentes Santiago Pérez y clausurado por el gobierno en 1893; La Crónica, dirigido por José Camacho Carrizosa, que expresó las ideas de los liberales pacifistas en 1887 – 1899, y el Autonomista, orientado por Rafael Uribe Uribe, órgano de expresión de quienes no veían otra salida que la rebelión para recuperar los derechos del liberalismo. Dadas las fuertes restricciones a la prensa vigentes, no tanto bajo la constitución de 1886 como bajo la famosa ley K, vigente entre 1887 y 1898, muchos opositores buscaron formas burlescas e irónicas de expresión, y los periódicos satíricos y de caricaturas se hicieron comunes, y surgían frecuentemente, para morir bajo la censura. Entre los polemistas más notables de la época estuvieron Antonio José Restrepo y Juan de Dios Uribe, el “Indio”, editores de la siesta (1886) y Sagitario (1889); Uribe sufrió destierros y persecuciones y murió en el exilio. Entre los caricaturistas fue famoso Alfredo Greñas, quien hizo circular El Zancudo, que a partir de 1890 se dedicó a ridiculizar a los gobiernos de la Regeneración y duró hasta finales de 1891. Greñas editó también El Demócrata, en 1891 y 1892, un periódico más tradicional en el que colaboraban los principales liberales del momento, al que también correspondió sus dosis de multas y suspensiones. Luego publicó El Barbero, antes de exiliarse en Costa Rica, en 1893.

En medio de la guerra de los Mil Días apareció un nuevo periódico liderado por los liberales José Camacho Carrizosa y Carlos Arturo Torres: El nuevo Tiempo. En 1905 lo adquirió el poeta y periodista conservador Ismael Enrique Arciniegas, y desde ese momento se convirtió probablemente en el más influyente de los periódicos del país, por el poder de que gozó duró toda la hegemonía conservadora, y vino a cerrarse en 1932. además de su importancia política, dio amplio espacio a la literatura e incluyó el Nuevo Tiempo Literario como suplemento especial, de 1903 a 1915, y luego a partir de 1927.

Revistas e ilustraciones a fines de siglo

A partir de 1880 empezaron a surgir periódicos que daban un gran espacio a las ilustraciones: se trataba de grabados, elaborados a partir de fotografías y pinturas, y qué, más que ilustrar la noticia, eran adiciones artísticas a periódicos esencialmente literarios y culturales. El más famoso de todos fue El Papel Periódico Ilustrado (1880-95) de Alberto Urdaneta, en el que colaboraron los principales escritores de los dos partidos tradicionales. Suspendido por la muerte de Urdaneta, su tarea fue continuada por Colombia Ilustrada (1889-92), dirigido por José T. Gaibrois. Además de estas publicaciones, bastante elegantes y lujosas, circularon varias revistas culturales muy influyentes, como Repertorio Colombiano (1878-1899) de Carlos Martínez Silva, Revista colombiana (1895-97) de José Luís María Mora, Revista Gris (1892-96) de Maximiliano Grillo, donde hizo sus primeras publicaciones importantes Baldomero Sanín Cano, y El Montañez, (1898-99) de Mario Ospina Vásquez, donde publicaban Tomas Carrasquilla y Efe Gómez.

Siglo XX: El Tiempo y El Colombiano

El siglo XX se inicia en Colombia en medio del olor a pólvora de la guerra de los Mil Días y con el eco aún vivo del fragor de los enfrentamientos partidistas que desgarraron la nación durante buena parte del siglo XIX. Combates civiles y luchas internas en las que el periodismo jugó una parte decisiva, en la medida en que siempre adoptó un papel militante a favor de uno u otro de los dos bandos enfrentados y fue esencial instrumento de lucha de las formaciones políticas. La pluma era tan valiosa como la espada en las pugnas entre liberales y conservadores.

A comienzos del siglo XX se fundan importantes diarios, algunos de los cuales habrían de marcar la pauta de la prensa colombiana hasta nuestros días. En 1915 El Espectador comienza a publicarse en Bogotá como diario vespertino bajo la dirección conjunta de Luís Cano y Luís Eduardo Nieto Caballero (LENC), mientras que la edición matinal continuó saliendo en Medellín hasta 1923, bajo la dirección de Gabriel Cano. Durante la gran crisis económica del año treinta, El Espectador estuvo al borde de la bancarrota total. Logró sobrevivir gracias a la ayuda de Eduardo Santos quien, según Gabriel Cano, “salvó al moribundo al abrirle en condiciones liberalísimas las puertas de los talleres de El Tiempo”. Eran épocas en la que la solidaridad ideológica contaba más que la competencia comercial. En 1955, El Espectador se convierte en diario matinal.

En 1912 aparece en Medellín el bisemanario conservador El Colombiano, dirigido por Francisco de Paula Pérez, que en 1914 se convierte en diario y comienza a destacarse por sus exitosos esfuerzos informativos. Como el realizado durante la primera guerra mundial, cuando El colombiano integra un pool informativo con otros diarios conservadores (El nuevo Tiempo, que dirigía en Bogotá el poeta Ismael Enrique Arciniegas, La Nación de Barranquilla, y La Época de Cartagena), y contrata los servicios de una agencia europea de noticias, cuyos despachos llegaban a Buenaventura y de allí a los diarios. El Colombiano conquista a través de los años una notoria influencia regional y es en la actualidad el tercer periódico en circulación nacional.

Un año antes de la fundación del decano de la prensa antioqueña, había aparecido en Bogotá, el 30 de enero de 1911, El Tiempo, una pequeña hoja de cuatro páginas impresa en una artesanal prensa de madera construida en Ibagué. El Tiempo fue fundado por Alfonso

Villegas Restrepo, quien apoyaba el gobierno republicano de Carlos E. Restrepo. En 1913 Villegas se lo ofrece en venta al joven abogado bogotano Eduardo Santos, su futuro cuñado, quien poco a poco lo convierte en un importante órgano de opinión y, eventualmente, en el diario más influyente del país.

Factor de peso en el éxito de El Tiempo es haber sido desde el comienzo una empresa económicamente autosuficiente, en trance permanente de modernización y hábilmente gerenciada durante treinta y seis años (1913-49) por Fabio Restrepo. El doctor Santos solía recordar que en el primer mes de El Tiempo le produjo una utilidad de 16 pesos y que “desde el segundo, me dio lo necesario para vivir”. En 1919 adquiere sus dos primeros linotipos y una máquina plana “Duplex”, importada de Nueva York. Otro factor de importancia en el acenso periodístico de El Tiempo es también la vinculación en 1920 de Enrique Santos Montejo, hermano de Eduardo, quien orientó durante largos años la labor informativa, y bajo el seudónimo de Calibán, se convirtió a través de su columna “Danza de las horas” en el comentarista más leído de la prensa colombiana.

Antes de la fundación de El Tiempo, Calibán ya era un combativo periodista que había iniciado en Tunja La Linterna (1909-1919), una publicación radicalmente liberal que lo hizo acreedor de varias excomuniones, en ese fortín del clericalismo conservador que era la capital boyacense. Calibán institucionaliza el género y la profesión del columnista —en el sentido de una vocación exclusiva— con su “Danza de las horas”, que escribió ininterrumpidamente tres veces a la semana durante treinta y nueve años, desde 1932 y hasta dos días antes de su muerte, en 1971.

Otros columnistas importantes, que adquieren prestigio durante la época de la década de los veinte, fueron Luís Tejada, José Mar y Luís Eduardo Nieto Caballero, quien continuó escribiendo hasta 1957. En la siguiente época el más popular fue tal vez Jaime Barrera Parra. Luego comenzó la carrera de humorista de Lucas Caballero Calderón (KLIM), que se extendió hasta hace muy poco. Entre las mujeres, fue notable la cronista Emilia Pardo Umaña. La segunda década de siglo, además de El Colombiano, vio surgir varios de los periódicos regionales de mayor influencia y duración. Así, en 1915 se fundó El Correo Liberal, de Medellín, que duró hasta mediados de siglo; en 1916 El Relator, de Cali, y en 1919 La Defensa, periódico conservador de Medellín, donde inició su carrera periodística Belisario Betancur.

Entre los que sobreviven aún, deben señalarse La Patria, fundado en 1921 en Manizales, y el diario bumangués Vanguardia Liberal, fundado en 1919 por el dirigente de ese partido Alejandro Galvis Galvis, que no tarda en convertirse en el más importante órgano informativo y vocero liberal en Santander. Sus combativas posiciones editoriales y sus críticas a una iglesia identificada con los regímenes conservadores le valen varias censuras eclesiásticas. En 1949, los obispos de Santander prohíben bajo pecado moral “vender, leer, oír, comprar o guardar” Vanguardia Liberal. Este tipo de sanciones clericales, junto con las excomuniones de sus directores, son frecuentes contra toda la prensa liberal, que se oponía ahincadamente a la intervención de la iglesia en política.

La primera mitad del siglo XX y más específicamente hasta la segunda guerra mundial, se caracteriza por un periodismo de sabor aún provinciano aunque eminentemente político-partidista. Era una prensa con limitada visión del mundo exterior, sometida a los vaivenes de las luchas políticas domésticas, con fuerte énfasis literario y con la mira intelectual apuntada hacia Europa, de donde provenían las grandes corrientes del pensamiento y de donde se

nutrían literaria e ideológicamente nuestros políticos y periodistas, que en ese momento son casi lo mismo: políticos y periodistas. Porque si algo caracteriza al periodismo colombiano es que ha estado siempre hermanado a la política. El periodismo nacional ha sido y sigue siendo semillero de presidentes y líderes partidistas.

En épocas más recientes, los diarios han surgido sobre todo por la vinculación de grupos empresariales que desean ampliar su poder político.

Un importante hecho en la historia del periodismo nacional fue la consolidación de las revistas de tipo gráfico. La más notable de todas ha sido Cromos, fundada en 1916 por Gustavo Arboleda y el impresor Miguel Santiago Valencia. Desde los primeros números intentó utilizar la fotografía como elemento central de su diseño, y a lo largo de su existencia ha ido utilizando los diversos adelantos técnicos en la reproducción gráfica, sobre todo mediante el uso creciente del color. Varias publicaciones han tratado de competir con Cromos, sin que se haya hallado una fórmula realmente exitosa. Estampa fue la más duradera de ellas, y se publicó entre 1938 y 1970.

Prensa y poder político

Basta adelantar la mirada al presente para comprobar cómo casi todos los jefes de Estado de los últimos cien años han ejercitado el periodismo y se consideran como hombres de la prensa. Belisario Betancur hizo sus primeras armas políticas e intelectuales desde La Defensa y luego en El Siglo, periódico del cual fue subdirector y director Misael Pastrana lo descubrió tardíamente, pero lo ejercita a través de su revista Guión y en La Prensa. Los dos Lleras, Alberto y Carlos, han sido periodistas toda su vida. Carlos Lleras Restrepo fue brevemente director de El Tiempo en el año 1941, dirigió en 1961 el semanario Política y algo más, y desde 1974 es director-fundador, supremo orientador y escritor del semanario Nueva Frontera.

Alberto Lleras Camargo fue director de El Liberal (1938), inspirado por el presidente Alfonso López Pumarejo, y que tuvo notable influencia política (1938-51). Posteriormente, Lleras Camargo lanzó la revista Semana (1946-61), fue columnista y editorialista de El Tiempo, y orientador durante varios años de la revista Visión. La trayectoria política de Álvaro Gómez Hurtado ha estado siempre vinculada a El Siglo, diario fundado en 1936 por su padre, Laureano Gómez, quien se apoyó en este diario para aumentar su fuerza política, y fue posteriormente presidente de la República. El expresidente Mariano Ospina Pérez fundó en 1954 el diario La República. Eduardo Santos presidente de 1938 a 1942, fue director de El Tiempo a lo largo de cuarenta años. Hasta un expresidente tan poco inclinado a las letras como Julio Cesar Turbay Ayala ha hecho sus escarceos en el campo de la prensa, fundando el fugaz semanario Democracia e impulsando en 1979 la creación de la revista Consigna, y más recientemente del semanario Hoy por hoy. Alfonso López Michelsen fue editorialista de El Liberal a finales de los cuarenta, y en 1958 fundó en semanario La Calle, órgano del MRL, aunque ha sido el presidente que menos ha contado con una prensa propia o que lo respalde decididamente. Su hijo Felipe López Caballero, sin embargo, orienta hoy la revista Semana y un influyente noticiero de televisión.

Entre las décadas de los treinta y cincuenta el país presenció el espectáculo de un periodismo dinámico —siempre partidista— en el que surgieron, y también desaparecieron, diarios y revistas que constituyen invaluable testimonio de su tiempo. Veamos algunos de los más sobresalientes.

La Razón (1936-1948), el diario dirigido por el poeta e intelectual liberal Juan Lozano, que dio la “chiva” histórica del asesinato de Gaitán. El Liberal (1938-1951), el diario orientado por el expresidente Alfonso López Pumarejo, que circuló catorce años, hasta su deseso por razones económicas y políticas. Mundo al Día (1924-38), magazín que inauguró el reportero gráfico en Colombia y publicó las primeras historietas gráficas nacionales. Sábado (1943-57), importante semanario liberal fundado por Armando Solano y Plinio Mendoza Neira. Semana (1946-61), fundada por el expresidente Alberto Lleras, dirigida luego por Hernando Téllez. Esta revista adaptó la fórmula informativa de Time al país, cuya presentación gráfica también acogió; fue la primera revista de síntesis semanal, y se destacó por el brillante estilo de sus redactores y por sus magníficas crónicas políticas, así como por las caricaturas de Jorge Franklin. Del lado conservador fueron notables Diario de Colombia (1952-57), órgano del fogoso líder Gilberto Alzate Avendaño, que se hizo célebre por los avisos que publicara burlando la censura de prensa, y Diario Gráfico (1950-56), que dirigió Enrique Gómez Hurtado hasta su destierro por el general Gustavo Rojas Pinilla, quien clausuró el periódico en 1956.

Un rasgo dominante de la prensa colombiana de primera mitad de este siglo, y que se ha prolongado hasta ahora, a pesar de los intentos del capital financiero por apropiarse de algunos órganos de expresión, es el carácter marcadamente familiar de los más importantes diarios. El Tiempo ha estado vinculado a la familia Santos en forma muy estrecha, así como El Espectador a los Cano. El Siglo ha estado siempre vinculado a la familia Gómez y La República a Mariano Ospina Pérez y sus herederos. El Colombiano, vinculado a los Ospina, ha sido orientado por los Gómez Martínez. En estos casos, se trató en general de periodistas que lograron crear empresas de gran magnitud y solidez. En épocas más recientes, los diarios han surgido sobre todo por la vinculación de grupos empresariales que desean ampliar su poder político, como se señala más adelante.

Del provincialismo al teletipo

La prensa suele reflejar el desarrollo social, económico y cultural del país y ha sido y será un espejo —aunque no siempre perfecto, ni totalmente feliz— de su realidad circundante. Su provincialismo de comienzos de siglo, para llamarlo de alguna manera, era el resultado de las naturales dificultades que existían para comunicarse con el mundo exterior y estar al tanto de los acontecimientos internacionales. Tal circunstancia se refleja claramente en el cubrimiento que hace la prensa colombiana de la primera guerra mundial, de la cual llegaban noticias fragmentadas y aisladas, que los periodistas trataban de colocar dentro de un contexto comprensible para sus lectores.

Existen anécdotas significativas de la época, como aquella que solía contar Eduardo Santos sobre las noticias que en 1917 provenían de la Revolución rusa y de los combates entre bolcheviques y mencheviques. Durante muchas semanas, Santos y toda la redacción de El Tiempo estuvieron convencidos de que se trataba de una guerra entre un general de apellido Bolchevique contra otro llamado Menchevique. Tales eran la desvinculación y lejanía de los acontecimientos de comienzos de siglo, que las personas mejor informadas de Colombia cometían esos errores de apreciación.

La aparición del teletipo marca un ingreso frontal de la prensa colombiana, y, por ende, de la opinión del país, al mundo exterior. Este avance técnico define la integración del país a la noticia internacional y de allí surgen las grandes agencias de prensa, UPI, AP, AFP y

REUTER. Este vínculo con el exterior era complementado ocasionalmente con la designación de corresponsales especiales en capitales claves del mundo. Sin embargo, la capacidad de comunicación de estos cronistas no podían jamás competir con los teletipos que durante veinte horas al día transmiten sin cesar noticias de todos los continentes.

Pero es definitivamente a partir de la Guerra Civil española (1936-39) e inmediatamente después de la segunda guerra mundial (1945), cuando la prensa colombiana se abre de veras al escenario de la política internacional. Durante la segunda guerra mundial, los periódicos comienzan a tomar partido de manera tajante frente a los acontecimientos mundiales. Ya lo habían hecho con motivo de la Guerra Civil española, que impactó y dividió profundamente a la opinión pública entre la izquierda y la derecha de aquella época (entre los conservadores, que se sentían identificados en su mayoría con las fuerzas que acaudillaba el general Francisco Franco, y los liberales y comunistas, que defendían la República española). De la misma manera, aunque con más matices y menos pasión, más adelante se presentarían simpatías con conservatismo por el eje de Mussolini-Hitler, y del liberalismo y su prensa por las fuerzas aliadas de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Los editoriales, noticias y los mismos titulares de los diarios evidencian bien hasta que punto eran vehementes sus lealtades y discrepancias internacionales. La posguerra, a partir del 45, marca no sólo el surgimiento de Estados Unidos como la potencia económica y militar de occidente, sino también el de su influencia decisiva en el campo de la comunicación. Aquí el periodismo colombiano comienza a cambiar sus fuentes de inspiración y patrones profesionales de Europa hacia el gran vecino del Norte, que pasa a la vanguardia en tecnología de la información y se convierte en modelo de periodismo para nuestros diarios. Sobre todo en el aspecto técnico-formal, vale decir, en determinadas pautas sobre elaboración de periódicos: forma de organización de las empresas periodísticas; métodos, técnicas de distribución y mercadeo; estructura de la noticia; y, en fin, en una serie de esquemas de conducta empresarial y profesional del periodismo norteamericano que comienza a pesar decisivamente sobre los diarios colombianos.

Es una influencia más de forma que de contenido, porque, lo que a concepción misma de la noticia e información se refiere, siguen existiendo diferencias significativas. Los grandes diarios norteamericanos, que en un comienzo eran todos marcadamente partidistas e identificados con algunas de las dos formaciones políticas tradicionales de ese país, poco a poco evolucionaron hacia posiciones de independencia. Pero, hoy en día, más del noventa por ciento de los diarios norteamericanos se autodefinen como “independientes” frente al gobierno y a los partidos republicano y demócrata. Los medios informativos norteamericanos asumen, pues, el periodismo como una misión de fiscalización global, no sólo del Estado sino también de los partidos políticos.

Las revistas de los intelectuales

Los grupos generacionales que han tratado de expresar sus opiniones han apelado con frecuencia a la publicación de revistas de opinión y cultura. En la década de los veinte, Luís López de Mesa fundó con Agustín López Caballero la revista Cultura, y Germán Arciniegas publicó Universidad, radical y polémica. Antes, León de Greiff había dirigido Panida, y en 1925 Alberto Lleras Camargo encabezó la generación expresada en Los Nuevos la principal publicación cultural fue oficial, lo que expresaba la presencia creciente del Estado en todos los aspectos de la vida nacional: la Revista de las Indias, dirigida entre otros por León de Greiff, perduró hasta mediados de siglo, cuando fue transformada por el gobierno conservador en la revista Bolívar. En los años cuarenta se destacó la revista Pan, de Enrique

Uribe White, y durante los primeros años del Frente Nacional tuvieron particular influencia Mito, orientada por Jorge Gaitán Durán, y Estrategia, de Estanislao Zuleta y Mario Arrubla: estas publicaciones divulgaron el existencialismo, el marxismo, el psicoanálisis y la literatura de vanguardia que influyeron a los jóvenes intelectuales de los años cincuentas y sesentas.

Después, este tipo de revistas han proliferado y se han especializado, algunas orientadas a la literatura y otras a las ciencias sociales: su número hace imposible mencionarlas.

La distorsión partidista

Los grandes diarios colombianos, los nacionales y los regionales, los grandes y los pequeños, mantienen una filiación político-partidista determinada, y casi sin excepción se declaran como liberales o conservadores. Aún hoy, no se encuentra un diario colombiano de influencia que no se atribuya la condición de depositario de la doctrina liberal o conservadora y que no asuma esta función como ingrediente importante como ingrediente importante de su labor informativa.

Se trata en realidad de una característica sui géneris de la prensa colombiana. No se observa en otros países de América Latina, donde los periódicos, si bien adoptan posiciones combativas en lo político e ideológico, generalmente no asumen con tanto énfasis lealtades partidistas, ni se sienten vinculados histórica, emocional e intelectualmente con la trayectoria de sus partidos políticos. Entre otras cosas, porque pocos países latinoamericanos han tenido una tradición de bipartidismo tan larga y estable como la colombiana. Se trata, pues, de un rasgo distintivo de nuestro periodismo, que lo marca desde el siglo pasado, que sigue vigente hoy y que incide sobre su conducta informativa.

Esta vocación político-partidista tiene un lado saludable en la medida en que los diarios promueven la confrontación de ideas y procuran llevarles a los ciudadanos la necesidad particular en política. Su aspecto negativo surge cuando estas lealtades partidistas interfieren la imparcialidad informativa. Tal distorsión se aprecia sobre todo en las épocas de campaña electoral, cuando la información política tiende a inclinarse por las preferencias de cada diario y no se establece una separación clara entre el comentario editorial y la información propiamente dicha, ni se da un tratamiento equitativo a todas las opciones políticas en juego.

Aunque esta situación se ha atenuado con el pasar de los años, aún hoy los periódicos colombianos les otorgan claras ventajas informativas a sus compromisos partidistas liberales o conservadores, en una actitud que no se corresponde bien con el estado de ánimo ni las expectativas de un país donde más del cincuenta por ciento de la opinión pública expresa sistemáticamente en las encuestas que no se siente identificada con ninguno de estos partidos; que se considera independiente, que es apolítica, o que no tiene otras lealtades ideológicas.

En los años duros de la violencia (1946-1953), se aprecian bien los brotes francamente pasionales que alcanzó la vocación partidista de la prensa colombiana. Repasar los diarios de esta época es una experiencia aleccionadora y digna de profundizar. Tanto los periódicos liberales como los conservadores incurren en distorsiones poco menos que escandalosas de la realidad: inflan titulares, inventan emboscadas, exageran los muertos. Este periodo de la historia colombiana marcó un ejemplo de desmesura tipográfica, que llegó a extremos que hoy se considerarían como la negación máxima de profesionalismo. El día de la toma de posesión de Laureano Gómez como presidente de la República en 1950, ningún diario liberal

mencionó su nombre. El Tiempo, El Espectador y los otros periódicos liberales evitaron durante dos años mencionar a Laureano Gómez, jefe del Estado. También es cierto que estaban sometidos a la persecución constante de un régimen que se proponía silenciar por cualquier medio al liberalismo. Del lado conservador, la pasión y el sectarismo no sólo eran comparables, sino en gran medida responsables de la situación creada.

Los diarios, liberales y conservadores, fueron parte activa de este clima de violencia. Aquí se puede decir que sí influyeron en el comportamiento político de los ciudadanos en forma directa. Asumieron el enfrentamiento bipartidista sin reservas y sin mayores intentos por llamar a la reflexión. En estos años, la prensa fue no sólo un reflejo de la exacerbación del momento sino un factor de alimentación de la misma, en un periodo en que la objetividad informativa estaba totalmente subordinada al combate doctrinario. Tan fuerte era la vocación partidista de la prensa, que un excelente diario creado con la intención de mantenerse independiente de los partidos, y dirigido “paritariamente” por el liberal Pedro Gómez Valderrama y el conservador Mario Laserna, El Mercurio, que apenas duró tres meses, en 1955.

Frente Nacional: la pausa que refresca

Con el pacto bipartidista del Frente Nacional, en 1957, luego de la caída del general Rojas, se inicia una etapa de serenidad y reflexión sobre el pasado. La prensa se acopla al espíritu del Frente Nacional y entra en su correspondiente fase de tregua informativa. Se trataba de no reactivar los sectarismos partidistas y de quitarles piso a los remanentes de la Violencia, que comenzaba a tomar visos de bandolerismo puro. Este fenómeno da lugar a reuniones de directores de grandes diarios del país, con el fin de llegar a un acuerdo que limitara el despliegue noticioso sobre este subproducto patológico de la violencia liberal-conservadora, que cobraba un creciente auge en las sangrientas hazañas de “Chispas”, “Sangrenegra”, “Desquite” y demás bandoleros legendarios que sembraron el terror en departamentos como el Tolima y Huila. Pactos que en el fondo no resultaron, porque el “síndrome de la chiva” siempre terminaba por ser determinante. Pero, de cualquier forma, hay una toma de conciencia y un intento por superar esta etapa de pasión tipográfica que caracterizó la época de violencia política de la década anterior.

En los años sesenta se inician en algunos diarios las primeras discusiones sobre la necesidad de independizarse de los directorios políticos para darle cabida a cierto pluralismo en la información política, que no es otra cosa que registrar, sin epítetos ni adjetivos denigrantes, la actividad de los adversarios políticos. Se logran algunos avances, aunque tímidos. Si se analiza lo que es durante el Frente Nacional el comportamiento de la llamada “gran prensa” liberal y conservadora en relación con la oposición de la época —el tratamiento que se le da al MRL de López Michelsen, por ejemplo, y posteriormente a la Anapo—, salta a la vista que una falta de equilibrio informativo, heredada del pasado, sigue vigente.

Durante el Frente Nacional (1957-74), los diarios colombianos inician una etapa de mayor profesionalización. El paulatino abandono de las pasiones partidistas, la búsqueda de imparcialidad, coinciden con un periodo de grandes avances técnicos en el que los periódicos compiten más como empresas comerciales y se consolidan como grandes industrias. En los años sesenta se desarrolla simultáneamente una mayor conciencia profesional entre redactores y comentaristas. Se perfilan y adquieren fuerza relativa los primeros gremios de periodistas (CPB, ACP, CNP) y se evidencia un mayor énfasis en el profesionalismo, es decir, en la incorporación de pautas informativas y editoriales provenientes de las

democracias occidentales, según las cuales la independencia política y económica de la prensa —además de elementales requisitos de veracidad, exactitud y objetividad— se considera como ingrediente esencial de su credibilidad.

El énfasis en la mayor objetividad y el paulatino abandono de esa subordinación informativa a las pasiones políticas tradicionales también tienen que ver con el progresivo desarrollo de la radio y la televisión, como órganos que no sólo entretienen sino informan. La independencia de estos dos medios se encuentra, sin embargo, condicionada por el hecho de pertenecer al Estado, que los entrega a particulares para su explotación comercial. Circunstancia que genera una tutela respecto de los gobiernos de turno que no se da en la prensa escrita, la cual legalmente no está sometida al control estatal. De hecho, a lo largo del Frente Nacional, se puede observar cómo los gobiernos utilizan la radio y la televisión, sobre todo en coyunturas determinadas, generalmente relacionadas con el orden público, cuando se aplica un control oficial directo sobre ambos medios.

La televisión, en especial, vigilada por el Estado y los partidos tradicionales. No es casual, en este sentido, que todos los noticieros informativos de la TV sean tradicionalmente adjudicados, según una repartición casi milimétrica, entre las principales corrientes liberales y conservadoras gobiernistas.

La libertad de prensa

En el periodo del frente nacional se consolida en Colombia una ya emergente tradición de libertad de prensa. Si bien es cierto que a fines de siglo XIX y hasta 1909 la censura de prensa y la suspensión de los diarios eran más bien la regla, en la medida en que durante los últimos cincuenta se fueron solidificando las instituciones políticas y consolidando la estabilidad del Estado, también se fue enraizando, no sólo como concepción jurídica sino en la propia conciencia nacional, la libertad de prensa. En el último medio siglo la prensa colombiana ha gozado del privilegio de estar libre de la censura militar o del chantaje oficial indirecto que han agobiado en forma casi permanente a la mayoría de los países latinoamericanos.

Después de varias décadas de libertad de prensa, el partido conservador reintrodujo la mala costumbre de la censura, cuando regresó al poder en 1946, tras dieciséis años de República Liberal. Cuando Mariano Ospina Pérez decreta la clausura del Congreso en 1949, también impone la censura directa de prensa, endurecida luego bajo el régimen de Laureano Gómez, elegido en 1950 en comicios en los que no participó el partido liberal, perseguido en sus adherentes y amordazado en su prensa.

El caso de censura de prensa más explícita en el último medio siglo —con cierre de periódicos— se dio bajo el general Gustavo Rojas Pinilla, que inició su gobierno en 1953 con el cierre de El Siglo, órgano de expresión del régimen de Laureano Gómez y que estaba naturalmente identificado con todos los excesos del partido conservador.

El general Rojas no tardó en censurar también a la prensa liberal y fue así como en 1955 clausuró El Tiempo y seis meses después El Espectador. La dictadura militar permitió, sin embargo, que estos diarios reaparecieran a los pocos meses bajo distinto nombre: Intermedio (1956-58), sugestivo título bajo el cual circuló El Tiempo, y El Independiente (1956-58), ambos de todos modos sometidos a una estricta censura cotidiana. Ante las declaraciones de Eduardo Santos a la prensa extranjera para condenar la censura, Rojas Pinilla expidió un

decreto en el que establecía que toda crítica a su gobierno desde el exterior sería considerada “traición a la patria”.

La prensa de izquierda

Derrocado Rojas y conformado en Frente Nacional, los diarios comienzan a operar dentro de una libertad de prensa casi total. No existían mayores contradicciones entre ellos mismos, ni tampoco con el gobierno compartido, que todos respaldaban. Las restricciones más notables a la libertad informativa se reducen a un esporádico hostigamiento de la frágil prensa de oposición del momento, de predominante inspiración marxista. Esta prensa, balbuciente y no muy periódica (con la notable excepción del semanario del partido comunista, Voz de la Democracia, luego transformado en Voz Proletaria), es el reflejo de formaciones políticas de izquierda, que al calor de la revolución cubana incursionan en la universidad, los sindicatos y el campesinado. También en la lucha armada, cuya persistencia y propagación dan lugar a frecuentes abusos gubernamentales contra la libertad de organización, movilización y expresión de la oposición política revolucionaria. Si bien no se puede decir que a lo largo de los últimos treinta años la prensa de izquierda ha gozado de totales garantías, no ha habido tampoco una censura deliberada y sistemática.

En Colombia, la prensa no adscrita a los partidos tradicionales no se ha destacado por su continuidad ni difusión. Con la excepción ya anotada del órgano oficial del partido comunista, que lleva más de veinticinco años de existencia casi ininterrumpida, ha sido una prensa endeble y casi artesanal, muy ideológica y poco informativa.

Uno de los primeros y más notables esfuerzos por desarrollar una prensa de orientación socialista y sindical fue la fundación en Cali, en 1925, de la Humanidad, inspirado y dirigido por Ignacio Torres Giraldo. A los pocos años, en 1932, apareció Tierra, el segundo diario comunista de Suramérica, que alcanzó a publicar 42 números y cuya imprenta fue destruida por una “poblada” durante la guerra colombo-peruana (el comunismo calificaba la guerra como el resultado de las luchas imperialistas de Estados Unidos e Inglaterra y pidió a los soldados de ambos países volver las armas contra sus verdugos). Tierra reapareció como semanario oficial del partido comunista, y duró hasta 1939. A partir de 1942, cuando el PC lanzó una línea democrática y de colaboración con las potencias occidentales, editó el Diario Popular, que duró hasta 1947 y aparecía como órgano del Partido Socialista Democrático, nombre adoptado entonces en vez del de partido comunista. A partir de 1947 se volvió a un semanario, Vanguardia del Pueblo, que pudo circular hasta 1950; entre 1950 y 1957 la prensa del partido fue clandestina e ilegal.

De los agitados años veinte datan también El Socialista, de Juan de Dios Romero, que duró con varias suspensiones hasta 1937, pese a los sistemáticos carcelazos que ganaba el director; Vanguardia Obrera, editado en 1924 por el dirigente sindical Raúl E Mahecha; La Justicia, orientado en Medellín por María Cano y por los periódicos del movimiento anarquista La Voz Popular (Bogotá, 1924), Vía Libre (Barranquilla, 1925) y Organización, vocero del Grupo Libertario de Santa Marta (1925).

El gaitanismo, por su parte, se expresó por medio del diario Unirismo (1934) y luego por el semanario Jordana (1974). Posteriormente, la Liga de Acción Política, movimiento socialista creado en 1943 por Gerardo Molina, Antonio García, José Francisco Socarrás y otros editó el diario Acción Política hasta julio de 1944. El MRL (Movimiento Revolucionario Liberal) de Alfonso López Michelsen se imprimió el mordaz semanario La Calle (1957-66), y el Frente

Unido, que aglutino a fines de década de los setenta el sacerdote Camilo Torres Restrepo, tuvo la publicación del mismo nombre, La Anapo, a su vez, publicó Alianza Popular entre 1959 y 1966 y el semanario Alerta durante los años setenta.

La característica central de todas estas publicaciones era sobrevivir mientras durara su respectivo movimiento político, lo que resalta su exclusivo carácter de voceros ideológicos y partidistas.

En un plano más profesional, o menos partidista si se quiere, merece ser destacada en el campo del periodismo opositor e independiente La Nueva Prensa, que circuló entre los años 1960 y 1967 bajo la dirección de Alberto Zalamea, quien en su último año quiso convertir su publicación en plataforma del movimiento “nacional revolucionario” del ex Ministro de Defensa, general Alberto Ruiz Novoa.

En los años setenta, el experimento periodístico más interesante lo constituyó la revista Alternativa (1974-1980), a cuya fundación estuvo vinculado en premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, y que se distinguió por su política de buscar un público más amplio del que representaban los lectores “cautivos” de la izquierda y, también, por su intento de cambiar la oposición política al sistema bipartidista liberal-conservador mediante el uso de técnicas periodísticas modernas y un contenido más variado y ágil.

Llámesse la Humanidad, La Nueva Prensa o Alternativa, la prensa no liberal ni conservadora del último siglo se ha caracterizado por su corta vida y su crónica escasez de recursos económicos, que revela la carencia de ese sostén virtual de los medios informativos en los países capitalistas, que es la pauta publicitaria. Pero al margen de esta falta de anuncios oficiales o privados, que podría interpretarse como una forma indirecta de boicot económico, la tradición de libertad de prensa en Colombia se compara muy favorablemente con la del resto del continente.

La existencia de una prensa combativa, dinámica y con influencia política ha sido sin lugar a dudas —y pese a sus acostumbrados excesos partidistas— un soporte esencial de la democracia representativa en nuestro país. No deja de ser significativo que desde la dictadura del general Rojas Pinilla no ha habido en Colombia ninguna publicación censurada o suspendida por decreto oficial.

Descubrimiento de la objetividad; consolidación del profesionalismo. Como decíamos anteriormente, durante la década del sesenta y setenta cobran importancia las agremiaciones periodísticas de los redactores de prensa, que intentan reivindicar sus puntos de vista como profesionales de los medios, y comienzan a ingresar también a los periódicos las primeras promociones de universitarios, egresadas de las facultades de periodismo o comunicación social. Este fenómeno marca la llegada colectiva a las redacciones de una generación con mayor formación académica, que no vivió la violencia ni se siente tan identificada con los partidos tradicionales, portadora de una mayor objetividad y profesionalismo. Durante este periodo, el periodismo colombiano experimenta un desapasionamiento partidista. Los periódicos continúan desempeñando su papel de voceros liberales y conservadores, pero dentro de una tónica más reposada y de mayor objetividad informativa, lo cual estimula el desarrollo de una práctica periodística más equilibrada y proyectada hacia el exterior, en lo que a búsqueda de pautas profesionales más rigurosas se refiere.

Durante los años setenta aparece ya el pluralismo político dentro de los mismos diarios. En El Tiempo, en medio de no pocos forcejeos internos, se consolidan columnas editoriales impulsadas por periodistas vinculados a las directivas del diario, que expresan análisis y comentarios que no sólo difieren de la orientación política del periódico, sino que en muchas ocasiones resultan francamente antagónicas respecto de sus editoriales. Las columnas “Contraescape” de Enrique Santos Calderón y “Reloj” de Daniel Samper Pizano podrían considerarse en cierta forma como las precursoras del moderno pluralismo de opinión dentro de las páginas editoriales de la llamada gran prensa colombiana. Pluralismo que obviamente nunca ha sido perfecto, como lo evidenció la salida del columnista Klim (Lucas Caballero Calderón) de El Tiempo, por sus virulentos comentarios contra el presidente López Michelsen.

Es ese, de todos modos, un fenómeno que causa desconcierto inicial, en la medida en que los directores de la prensa no están acostumbrados a la discrepancia interna, ni los jefes políticos liberales a que en estos diarios, antes homogéneos y disciplinados, se ventilaran opiniones críticas de su partido. Primaba y aún prima dentro de ciertos círculos la creencia de que cualquier disparidad de criterios dentro de un periódico produce necesariamente la desorientación del lector, quien aún es concebido más como un elector en potencia que como un ciudadano pensante, y al que hay que impartirle línea política sistemática, más que información objetiva y elementos de juicio diversos.

Esta tendencia a la institucionalización de columnas de opinión independientes se expande a otros diarios liberales (El Espectador, El Heraldo, Diario del Caribe, Vanguardia Liberal), mientras los periódicos conservadores se inclinan más bien por la homogeneidad de sus páginas editoriales.

La fundación en 1979 del diario El Mundo en Medellín, por un grupo de empresarios progresistas de Antioquia, demuestra hasta dónde se ha logrado implantar en el país una concepción más independiente y amplia del quehacer periodístico. Pese a que se define como doctrinariamente liberal, El Mundo se propone desde su primer número una filosofía de pluralismo de opinión en sus columnas editoriales y de imparcialidad política en sus páginas informativas, lo que, junto con una ágil diagramación y un agudo sentido de las necesidades tecnológicas e informativas del periodismo moderno, hace que hoy sea considerado como uno de los mejores diarios que se publican en Colombia.

Un rasgo peculiar de los años setenta es la proliferación de semanarios políticos orientados por expresidentes de la República: Nueva Frontera (1974), fundado y dirigido por Carlos Lleras Restrepo; Guión (1977), de Misael Pastrana Borrero, y Consigna (1979) de la corriente política de Julio Cesar Turbay Ayala. En 1982 an
+parece nuevamente Semana, dirigida ahora por Felipe López Caballero, quien adquirió el nombre de la antigua publicación de Alberto Lleras Camargo. Pese a ser propiedad del hijo del expresidente López Michelsen, Semana se distingue de las demás revistas políticas porque no aparece como vocera de opiniones personales de un exmandatario, y logra un nivel de objetividad que la convierte en el semanario de información política de más peso entre el público.

El capital financiero en los medios

La otra cara del relativo alejamiento de la subordinación partidista durante el Frente Nacional es el paulatino ingreso de los grandes grupos financieros a los medios de comunicación. Ya no se trata de los directorios políticos como tales, sino de dueños de empresas no periodísticas, que ven en el progresivo control económico de los medios de comunicación una fuente de múltiple poder. Este hecho no tarda en volverse un peligro para la libertad de prensa, en la medida en que se consolidan cadenas de opinión, con el subsiguiente efecto de monopolización del proceso informativo. También, porque quienes actuaban como financistas de la prensa, a través de la publicidad para sus empresas, deciden más bien entrar a orientar directamente a los medios.

El fenómeno se ha evidenciado en la radio a través del control de la Cadena RCN por el conglomerado Ardila Lulle, o en la prensa del Valle del Cauca con diarios como El País, del grupo Lloreda, Occidente, del grupo industrial de la familia Caicedo, y El Pueblo, de la familia Londoño, concesionaria del consorcio japonés Sharp; o en la Costa Atlántica, con Diario del Caribe, propiedad del grupo Santo Domingo.

Tal vez el caso más significativo de intento de controlar la prensa por parte de un conglomerado financiero es el protagonizado a comienzos de los años ochenta por el grupo Grancolombiano, bajo la tutela de su presidente Jaime Michelsen Uribe. Este grupo, que ejerció una enorme influencia sobre la prensa, radio y TV a través de su abultada pauta publicitaria y de la programadora RTI, logró el control de la revista Cromos, trató de consolidar un imperio de distribución de prensa y revistas, y llegó a decretarle un boicot publicitario a El Espectador, como represalia por las denuncias de este diario sobre irregularidades financieras del grupo. Este episodio desempeñó un importante papel en el eventual colapso del Grancolombiano y quedó como aleccionadora experiencia sobre los antidemocráticos excesos a los que puede conducir la pretensión del gran capital financiero de intimidar o silenciar la prensa que critica sus actuaciones.

El periodismo investigativo

En los años setenta también se consolida en Colombia en llamado periodismo investigativo, o aquella tendencia según la cual el ejercicio periodístico busca descubrir hechos de relevancia social que alguien pretende mantener ocultos, y cuya exposición es fruto del trabajo del periodista. El periodismo investigativo constituye una de las más elaboradas formas de fiscalización social que ejerce la prensa (otras son el comentario y la información en sí).

El ejercicio periodístico busca descubrir los hechos de relevancia social que alguien pretende mantener ocultos.

A partir de los años finales del siglo pasado se desarrolló en Estados Unidos una gran escuela de periodismo investigativo que produjo varias figuras de importancia, e investigaciones que suscitaron reformas sociales de alguna trascendencia en ese país. Posteriormente pasó la ola, y, durante años, apenas unos periodistas (Jack Anderson, I. F. Stone, Jessica Mitford) continuaron la escuela del exposé. Con el deterioro político y social que produjeron en Estados Unidos la guerra de Vietnam y la administración Nixon, surgió una nueva ola de reporteros de investigación, entre ellos los más famosos

Bob Woodward y Carl Bernstein, que fueron “hollywoodizados” debidamente en el filme, “Todos los hombres del presidente”.

El periodismo investigativo en Colombia no surgió sino después de la segunda mitad del siglo. A mediados del siglo XIX floreció la revista satírica El Alacrán, que ejercía algunas funciones de denuncia. Por la época de la gran cosecha de los muckrekers (1903 y siguientes), el periodismo colombiano estaba muy comprometido políticamente, y su vocación informativa era apenas un embrión: ello explica que allí no cupiera esta forma de fiscalización. En las décadas siguientes la prensa ocasionalmente adelantaba campañas de denuncia; algunas de ellas contenían elementos de exposé; pero en realidad no obedecían a ímpetus y circunstancias profesionales, sino a propósitos y campañas políticas. El cuidado de los dineros públicos y otras materias que tradicionalmente convocan a los periodistas de investigación suscitaban, es verdad, publicaciones y denuncias, pero más por interés político que por actitud profesional.

En los años sesenta y setenta surgen las primeras investigaciones que se modulan dentro de la definición del periodismo investigativo y que no obedecen a móviles políticos, sino a un afán profesional de fiscalización. Fueron en un principio publicaciones ocasionales: Daniel Samper Pizano sobre los vínculos de exministro Rodrigo Llorente con una firma urbanizadora; de Germán Castro Caycedo sobre algunas actuaciones del contralor Jorge Enrique Escallóti; de Luís E. Cardozo (El Pueblo, Cali) sobre irregularidades en la empresa de servicios públicos locales.

En 1977 se publican dos investigaciones que empiezan a darle cuerpo definitivo al periodismo investigativo. Una es la de Daniel Samper y Alberto Donadío en las instalaciones del Senado de la República; la Presidencia del Senado se niega a permitir el acceso a sus archivos, los dos periodistas demanda el oficio ante el Consejo de Estado, éste acepta su demanda y el Senado se ve obligado a abrir sus puertas a los periodistas, que descubren toda suerte de anomalías relacionadas con proveedores fantasmas, facturas supercostosas, nómina de empleados inexistentes, etc. El escándalo es grande. A finales del año, Samper y Donadío publican su investigación conjunta sobre favoritismo en contratos del Ministerio de Obras Públicas, que da pie a varias investigaciones condenatorias de las autoridades (Contraloría, Procuraduría, Comisión de Acusaciones de la Cámara).

Las actividades del Senado y el Ministerio de Obras constituyen la gestación de la Unidad Investigativa de El Tiempo, que empieza su labor en agosto de 1978 con un informe de ecos internacionales acerca del comercio ilegal de animales silvestres. Desde entonces, la Unidad Investigativa ha publicado más de 130 informes en que se denuncian los más diversos temas, y ha ganado varios premios de periodismo por ello.

El éxito de la Unidad Investigativa de El Tiempo multiplicó las oficinas similares en otros diarios. Tuvieron o tiene unidades investigativas, a imitación de aquella, El Heraldo, Colprensa, El Mundo, El País, Vanguardia Liberal y El Espectador. Alberto Donadío ha publicado tres libros con investigaciones de fondo: “Banqueros en el banquillo”, ¿Por qué cayó Michelsen? Y “El espejismo de las cajas de compensación”. En varias universidades se dicta el periodismo investigativo como cátedra, y hay algunos periodistas colombianos afiliados a un organismo internacional especializado del gremio, Investigative Reporters and Editors. A Colombia se le reconoce la vanguardia en periodismo investigativo en América Latina.

Los años ochenta: prensa y terrorismo

La década de los ochenta arranca dominada por una polémica, cada vez más aguda, sobre las relaciones entre la prensa libre y la violencia política. Más precisamente, sobre las limitaciones y responsabilidades de los medios informativos frente a los actos de terrorismo y subversión que socavan la estructura misma de sociedades democráticas que toleran la libertad de expresión.

El debate cobra toda su intensidad bajo el gobierno de Belisario Betancur, que inaugura no sólo una política de acercamiento dialogado con los protagonistas de la violencia política —las guerrillas—, sino también una actitud de máximo respeto por la libertad de información, que contrasta significativamente con la de su predecesor. En efecto, bajo la administración de Julio Cesar Turbay Ayala (1978-82), delicadas situaciones de orden público dieron lugar a un estricto control oficial —y en algunos casos directamente militar— sobre los noticieros de radio y televisión. En 1980, el cubrimiento noticioso de un acontecimiento que congrega en Bogotá a la crema y nata de la prensa mundial, la toma de la Embajada Dominicana por M-19, se desarrolla bajo la cuidadosa supervisión estatal de estos medios. Así mismo, se ejerció una amplia manipulación de la información, como en la supuesta entrevista del principal acusado del asesinato del exministro Pardo Vuelvas, y que era un video militar. El gobierno Betancur se inicia, sin embargo, con la declarada intención de no ejercer presión alguna sobre los medios informativos (“prefiero una prensa desbordada a una censurada”, dijo en su momento el jefe de Estado), lo cual permite un cubrimiento exhaustivo, a veces frenético, de todos los hechos noticiosos provenientes de ese tema hasta entonces velado, que es la guerrilla. Sobre todo en aquellos medios —radio y TV—, que habían estado sometidos a una tutela oficial en la materia y que aprovechan esta ausencia de ataduras con un celo competitivo y una dedicación al tema que no tardan en generar reacciones sociales y tensiones políticas.

El “descubrimiento” de la guerrilla en una coyuntura de aproximación gubernamental a este fenómeno antes tabú y de libertad de prensa total, significa el súbito ingreso de los jefes de la subversión a la primera plana de los medios masivos de comunicación. Los parias de ayer se transforman en las nuevas “vedettes” de la noticia y comienzan a disfrutar de un despliegue casi inusitado y en ocasiones irreflexivo e ingenuo, que tiende a magnificar la dimensión y significado mismos del fenómeno social y políticos que representan los grupos armados.

El veterano jefe de las FARC, Manuel Marulanda Vélez, el legendario “Tirofijo”, disfruta, en el periodo de la firma de los acuerdos de tregua y cese del fuego, de una atención periodística más extensa e intensa de la que recibiera a través de treinta años de una actividad armada e ilegal que lo hacen acreedor del título de jefe guerrillero más antiguo de América. Acciones armadas de la guerrilla, como la toma de Florencia o de Yumbo, son transmitidas en directo por las cadenas radiales, y hasta los grupos que practican ejecuciones o asesinatos políticos y rechazan la paz son entrevistados por los noticieros radiales y televisados de gran sintonía. Viene entonces la mencionada de un sector de la opinión, que denuncia la utilización que hacen de una prensa cegada por el “síndrome de la chiva” algunos grupos marxistas armados, que nunca aplicarían semejantes criterios de amplitud informativa si estuvieran en el poder. Y es así como en la Colombia de los ochenta se plantea, con todo su vigor y emotividad, esa polémica hoy vigente en tantas democracias del mundo occidental en torno al modo de cubrir los actos de violencia política y, más específicamente, los de un

terrorismo que se ha mostrado experto en el empleo de la prensa para divulgar sus consignas y cuyos actos más impactantes por lo general buscan capturar titulares.

Igualmente complejo es el problema de la transmisión de enfrentamientos de orden público, lo que hace que las informaciones transmitidas entren a hacer parte de los elementos de decisión de los grupos guerrilleros o terrorista, que pueden ver cómo la transmisión del hecho genera presiones sociales o políticas de gran magnitud y restringe las posibilidades de acción del gobierno mismo. Los periodistas, por su parte, ansiosos por tener relaciones favorables con quienes pueden ofrecerles las más espectaculares “chivas”, pueden estar tentados a presentar la información de modo que no irrite a quienes crean oportunidades tan notables de tener una inmensa audiencia prendida de la radio o la televisión.

Esta discusión sobre la responsabilidad que entraña la libertad de prensa en las democracias —sobre todo en las subdesarrolladas—, que estalla en toda su intensidad bajo el gobierno Betancur, incita a toda la prensa colombiana a una nueva reflexión. y a un nuevo interrogante. ¿Es el periodista de hoy el “idiota útil” de quienes saben manipular su deseo de espectacularidad y búsqueda de noticias “calientes”; o es el simple “chivo expiatorio” de la crisis de su tiempo, al que se le reprocha el solo hecho de reflejar lo que pasa? Por su parte, el gobierno Betancur, presionado por sectores sociales que nunca se reconciliaron con el guerrillero en primera plana, y consciente a su vez de “excesos y desbordamientos” de no pocos medios informativos, decide modificar su actitud inicial de extrema tolerancia. Así, en mayo de 1985, tras una entrevista radial de Caracol con un grupo guerrillero que había asaltado una estación de carabineros en Suba, y luego de otra por televisión en el Noticiero de las Siete, son un encapuchado que defendió el asesinato de un abogado laborista en Medellín, el Ministerio de Comunicaciones envió una enérgica carta de protesta al Círculo de Periodistas de Bogotá.

Lo significativo de la conducta oficial, lo meritorio, si se quiere, es que en lugar de aplicar una censura directa o una sanción administrativa sobre estos medios (que, de todas formas, pertenecen al Estado), prefirió devolverles el problema a los periodistas, para que fueran ellos mismos, a través de sus gremios y de su propia conciencia profesional, los que propusieran la solución a este complejo dilema de nuestros tiempos. Dilema que, pese a sus nuevas formas y envolturas, tiene mucho que ver con la clásica máxima que alude al sentido de responsabilidad de una prensa libre. Los desafíos y responsabilidades que para el periodista colombiano de los años ochenta plantea el tratamiento —sin chantajes, ni tutelas— de esta realidad explosiva, son los que con seguridad marcarán su evolución en los años venideros. (Tomado de “Nueva Historia de Colombia 1989).